

el cielo; ya que tenemos aquí el mismo altar, la misma víctima y el mismo sacrificio, ¿por qué los sacrificadores del Cordero no deben vestir ropajes purificados con su sangre? Así pues, no representa el alba á nuestros ojos la mas hermosa antigüedad, sino tambien la imágen divina de la Jerusalem celeste.

Recuerden los fieles á la vista del alba del sacerdote la santidad del sacrificio á que asisten, y las disposiciones de inocencia ó al menos de compuncion y penitencia de que deben hallarse penetrados. En el decurso de su Pasion nuestro Salvador, el Hijo de Dios, fué revestido igualmente por órden de Herodes de una túnica blanca figurada por el alba, la que á sus demás circunstancias reúne la de hacer memoria de esta parte de las ignominias del Salvador.

3.º El cíngulo ¹. Despues de revestirse del alba, el sacerdote ciñe su cuerpo como un guerrero que se apresta para el combate: el cíngulo y el alba datan de la misma antigüedad. Los pueblos antiguos, que usaban trajes holgados y largos, ceñíanse constantemente el tallo á fin de andar y accionar con mas soltura; en el día el cíngulo sirve para igual objeto, y está destinado á retener el alba, que sin esto seria incómoda y embarazosa. Además, advierte al sacerdote que su virtud debe ser fuerte y enérgica, su valor inflexible, y que para acercarse al altar del Cordero sin mancilla, para beber su sangre, debe desprenderse de todo sentimiento de la vida sensual y mundana; por esto quiere la Iglesia que al ceñirse pida á Dios «que ceñe su cuerpo con un cinturon de inocencia y de pureza, á fin de conservar la mas amable de las virtudes.»

El cíngulo, que es una especie de cuerda, sirve para recordarnos las ligaduras con que fué atado el Salvador en el huerto de los Olivos, delante de sus jueces, en la coluna y al subir al Calvario; pues al dirigirse á misa deben tambien los fieles ligarse con los lazos del Salvador, es decir, desprenderse de toda molicie, de toda superfluidad peligrosa, deponer toda vanidad, y encerrarse dentro de los límites de la mortificacion cristiana, á fin de no verse embarazados al seguir al divino Maestro y al combatir en su compañía ².

4.º El manipulo ³, que el sacerdote lleva en el brazo izquierdo, era

¹ Cingulum.

² Raban. Maur. lib. I *De Instit. cleric.* c. 13; S. Bern., *Lib. Sentent.*; Beda, *Lib. collectanea*; Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 27.

³ Manipulum.

antiguamente una especie de pañuelo destinado á enjugar el rostro durante los officios divinos, bajo cuyo aspecto su uso data de la mas remota antigüedad; mas á mediados del siglo x adornóse y guarnecióse con franjas y dorados, de modo que se convirtió en un ornamento cuya misteriosa significacion es á la vez la historia de nuestras miserias y el consuelo de nuestras aflicciones ¹.

En un principio servia para enjugar el sudor y las lágrimas, uso que nos recuerda que en este mundo estamos condenados al trabajo; que el cielo sufre violencia; que es preciso ganar con el sudor de nuestra frente el pan de la vida eterna; que tenemos mil causas para llorar durante la noche de nuestro destierro, pero que en breve asomará el día de la eternidad en que el Señor enjugará nuestras lágrimas; día feliz en que, andando alegres y gozosos, nos presentaremos ante el Padre de familia como segadores laboriosos, llevando en nuestras manos las gavillas recogidas entre lágrimas y sudores. Este es el sentido de la oracion que el sacerdote dirige á Dios al colgar de su brazo el manipulo: «Señor, haced que merezca llevar el manipulo de las lágrimas y del dolor, á fin de que reciba «con alegría la recompensa prometida al trabajo;» trabajo que el Salvador ha endulzado, tomando para sí los golpes y azotes de que es el símbolo el manipulo, el cual nos los representa durante el santo sacrificio.

El obispo no toma el manipulo hasta que se halla en el altar despues de haber rezado el *Confiteor*, y la razon es esta: Antiguamente la casulla de forma redonda envolvia todo el cuerpo, y el manipulo, que servia de pañuelo, se cogia últimamente con el brazo que quedaba libre, costumbre que, comun entonces á todos los sacerdotes, solo rige ahora para los obispos. El subdiácono le entrega el manipulo despues de la confesion, porque antiguamente era costumbre levantar la casulla en aquel momento para que no embarazase al celebrante al subir al altar ².

5.º La estola ³, que rodea el cuello del sacerdote y descende hasta sus rodillas, es un signo de dignidad y de autoridad; úsase de ella en la administracion de muchos Sacramentos y siempre que se ejerce una funcion que tenga por objeto inmediato el cuerpo adora-

¹ Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 27.

² Bona, *ibid.*

³ Stola.

ble de nuestro Señor, ó que se desempeñan otros ciertos ministerios para los cuales está prescrita.

¡Ay! nadie ignora que el pecado de nuestro primer padre nos despojó á todos de nuestra grandeza y de nuestro vestido de inmortalidad, del cual es la estola la imágen; al verla, sacerdotes y fieles, debemos, reyes destronados, llorar nuestras pérdidas, dar gracias á Jesucristo que las ha reparado, elevar nuestros espíritus y nuestros corazones hácia la inmortal residencia, donde, participes todos de las funciones sacerdotales delante del eterno altar de la augusta Víctima, nos revestiremos de la estola de la gloria y de los brillantes ornamentos de una soberanía divina; sin embargo, para lograrlo es preciso llevar antes la ignominia de Jesucristo, cargar sobre nosotros las cadenas con que rompió las nuestras, y esto es lo que predica á nuestra fe la estola de nuestras ceremonias. Al tomarla, el sacerdote dice: «Devolvedme, ó Señor, el vestido de la inmortalidad que perdí por el pecado de mi primer padre, y aunque me acerco á vuestros sagrados misterios sin ser digno de ello, haced que logre la felicidad eterna.»

La estola, llamada antiguamente *orarium*, porque servia para limpiar el rostro, era un lienzo muy fino y limpio que llevaban al rededor del cuello las personas de distincion; su uso data de los primeros siglos de la Iglesia, y el concilio de Laodicea, reservando para los obispos, presbíteros y diáconos aquella honorífica prenda, prohibió llevarla á los demás ministros ¹.

6.º La casulla ² es el último ornamento del sacerdote celebrante;

¹ Conc. Laod. can. 28. El uso de la estola en el sentido que acabamos de decir, era ya conocido entre los romanos, de modo que nuestros padres no inventaron una nueva moda. La estola era un adorno de las matronas romanas, y su mayor ó menor dimension las distinguía de las personas de mala fama ó de condicion inferior. Para granjearse el aprecio del pueblo, Aureliano fué el primero que le permitió usar el *orarium*, á fin de que pudiese agitarlo al paso del Emperador y manifestar su alegría. (*Vopisc. in Aurelian.*).

² *Casula vel planeta*. Casa significa casa, y *casula* una casita; la casulla era en un principio redonda y ancha, de modo que envolvía todo el cuerpo, semejante á una casa habitada por un hombre, y de aquí se origina su nombre. (Orig. lib. XIX, c. 24).

Planeta: La casulla no tenia mas que un agujero para pasar la cabeza, y como no podia fijarse con nada y rodaba fácilmente al rededor del cuello, siendo, por decirlo así, un vestido errante, se la llamó *planeta* con bastante exactitud. (*Gemma animæ*, lib. I, c. 207).

antiguamente consistia en una capa redonda y muy ancha, sin abertura en los lados, y era comun así á los eclesiásticos como á los legos; sin embargo abandonada por éstos, la Iglesia, que sabe santificar las cosas mas vulgares, la conservó y la dió exclusivamente á los sacerdotes para ofrecer el santo sacrificio, hace mil y cien años. Los griegos han conservado la casulla sin variacion alguna; mas los latinos han eliminado de ella poco á poco y desde hace tres siglos todo cuanto impedia el libre uso de los brazos. Cuando la casulla tenia su primitiva forma, debia levantarse mientras el sacerdote incensaba ó elevaba el cáliz ó la sagrada hostia, uso que se conserva todavia, á pesar de haberse dado á aquella una forma mas cómoda haciéndola menos ancha y abriéndola por los lados, tanto es lo que la Iglesia estima todo lo que recuerda su antigüedad. Con ello presta un gran servicio á las ciencias, pues, ¿cuántos hechos y costumbres reveladores de los tiempos pasados yacerian en el olvido si la Iglesia no los hubiese inmortalizado adoptándolos?

Por la misma razon se conserva otra costumbre cuyo origen y significacion pocas personas conocen, y es que durante la Cuaresma y los dias de ayuno el diácono y el subdiácono sirven al altar sin dalmática. Esto proviene de que como en la primitiva Iglesia eran sus funciones mas multiplicadas en los dias de ayuno y de Cuaresma, á causa de la mayor afluencia de fieles, dejaban su casulla ó la levantaban en alto, á fin de estar mas libres en sus movimientos. *Diaconi levant planetas in scapulas*, dice el Orden romano; y en el dia se despojan de su dalmática por un resto de la antigua costumbre.

El Obispo, al dar la casulla al presbítero en su ordenacion, le advierte que es el símbolo de la caridad que debe revestirnos enteramente; de la caridad que debe brillar en todas nuestras obras, y hacer la gloria de las demás virtudes que poseamos, del mismo modo que aquel ornamento cubre todos los demás; de la caridad que debe impulsarnos á compartir las miserias ajenas, cubriéndolas con un velo de misericordia que las oculte á los ojos de los hombres, y con un velo de perdón que las borre á los ojos de Dios. La casulla es tambien la imágen del yugo de Jesucristo, que los sacerdotes y los fieles deben sufrir continuamente, de aquel yugo dulce y amable que constituye nuestra gloria y nuestra felicidad. En la casulla hay dibujada una grande cruz, así como hay otras mas pequeñas en los diferentes objetos que sirven para el sacrificio, á fin

de que tengamos sin cesar á la vista la obligacion de llevar la cruz á imitacion del Salvador, y de recordarnos de que nada podemos sin la cruz; que ella es toda nuestra esperanza; que el altar es un verdadero Calvario donde se renueva y perpetúa el sacrificio de la cruz, y donde debemos inmolarnos nosotros mismos sobre la cruz de Jesucristo.

IV. Ornamentos del diácono y del subdiácono.—De los ornamentos del presbítero pasemos á los del diácono y del subdiácono que le asisten en el altar; además del amito, del alba, del cíngulo y del manipulo, los diáconos llevan la dalmática y una estola que les es propia, mientras que el hábito particular del subdiácono es la túnica.

La estola del diácono se coloca en la espalda izquierda, uso tomado de los romanos, pues en los solemnes festines del pueblo rey los principales ministros de las mesas llevaban una servilleta en la espalda izquierda: la Iglesia confirió la misma señal de distincion á los que servían en el banquete divino y en las mesas en que se reunian los fieles para celebrar sus inocentes *agapes*; sin embargo, como aquel lienzo blanco, sujeto en la espalda izquierda de los diáconos, revoloteaba de una parte á otra cuando iban y venian por la iglesia en cumplimiento de su ministerio, y podia embarazarles, sobre todo cuando hubo tomado una forma mas dilatada, se sujetaron sus dos extremos en el lado derecho, lo cual se practica aun en el dia.

Sea cual fuere nuestro estado, somos todos diáconos, es decir, servidores de Jesucristo; cuidemos, pues, de evitar cuanto pudiese embarazar nuestros piés en la via de los mandamientos, ó detener nuestras manos en la práctica de las buenas obras; así nos lo enseña el diácono adornado con su estola.

La dalmática ¹ se llama así, porque era el traje distintivo de los habitantes de la Dalmacia; el papa san Silvestre ordenó en el siglo II que los diáconos la usasen en la iglesia, pues hasta entonces habian llevado la túnica ². La dalmática, que en su forma primera tenia las mangas cortas y anchas, muy cómodas para los que debian menearse mucho, y que se hizo comun á los obispos y á los diáconos, era de seda blanca, recamada de oro y con dos franjas de púrpura, por cuyo motivo se ha convertido en un hábito de solemnidad que debe inspirar una santa alegría así al diácono que la

¹ Dalmática.

² Colobia.

lleva como á los fieles que la ven; este es el sentido de la amonestacion que el obispo dirige al diácono al revestirse de ella en la ordenacion y de la oracion que el mismo diácono reza al vestirse con ella para servir al altar ¹.

El ornamento particular del subdiácono es la túnica ²: en los primeros siglos de la Iglesia los subdiáconos servían al altar revestidos simplemente de un alba; pero mas tarde se les dió la túnica, como una prenda de honor y de alegría ³. La túnica era entre los romanos el vestido ordinario de los simples servidores, al paso que ahora es como la dalmática un ornamento regularmente rico, hecho de la misma tela de la casulla de los sacerdotes, con mangas anchas y cortas que no embarazan en lo mas mínimo á los que la usan.

Los ministros inferiores llevan la sobrepelliz ⁴, ornamento que era antiguamente mas largo, si bien su color ha permanecido el mismo, pues en tiempo de san Jerónimo estaba ya mandado á los eclesiásticos el asistir á los santos oficios vestidos de blanco; elocuente mandato por el cual ha querido la Iglesia recordar á sus hijos la inocencia que exigen los augustos misterios y las bodas del Cordero, á las que asisten los Santos con vestidos que por su deslumbrante blancura son imágen de la pureza ⁵.

La capa ⁶ es otro ornamento sagrado comun á los diferentes órdenes de ministros; antiguamente consistia en una capa, parecida á las que en el dia se usan, solo que en lugar de cuello habia una capucha con la que abrigábase la cabeza en tiempo de lluvia, y de aquí el nombre de *pluvial* con que son conocidas dichas capas. Antes del siglo VIII usábanse ya en las ceremonias eclesiásticas ⁷; su riqueza y sus brillantes colores figuran el vestido de gloria y de inmortalidad que nos cubrirá despues de la resurreccion ⁸.

Así pues, los ornamentos sacerdotales son un libro misterioso en el cual el fiel sencillo y de escasa instruccion puede leer grandes lecciones de virtud, de pureza y de caridad, y el sabio los usos y cos-

¹ S. Isid. *Orig.* lib. XIX, c. 22; Bona, lib. I, c. 24.

² Tunica.

³ Honor. *in Gemma animæ*, lib. I, c. 229.

⁴ Superpelliceum.

⁵ Bona, lib. I, c. 24.

⁶ Pluviale.

⁷ Orden romano.

⁸ Durandus, lib. III, c. 1.

tumbres de la mas venerable antigüedad; de cada uno de ellos, asi como de cada una de las bendiciones y ceremonias del culto católico, sale, por decirlo así, una voz que dice á los hombres, cristianos ó no: Desde el fondo de todas estas cosas, quince, diez y ocho, treinta y algunas veces sesenta siglos os están mirando; á vuestros ojos reviven todas las generaciones humanas, representadas por alguno de sus ritos, por algun acontecimiento memorable de su historia. ¿Es posible tener ciencia y fe sin sentirse poseido al verlas de un profundo respeto, de una veneracion verdaderamente religiosa? Aquel para quien su vista es un espectáculo mudo hace dudar de si conserva todavía algun resto del ser inteligente ¹.

V. Riqueza de los ornamentos. — En cuanto á la riqueza de los sagrados ornamentos, dirémos que si bien los ropajes recamados de oro y llenos de bordados nada añaden al valor del sacrificio; que si bien el Señor prefiere las costumbres puras á los ricos vestidos, es un deber del hombre el tributar á Dios todos los honores posibles, y el hacer servir para la majestad de su culto lo mas hermoso y rico de la tierra. Los ministros de los reyes jamás se presentan á éstos á no ser cubiertos de preciosos vestidos, pues creerian ofender á su señor, y faltar al respeto que á su majestad deben, sin los ornamentos, símbolos de los poderes que les están conferidos; ahora bien, la Iglesia quiere que los sacerdotes de Jesucristo observen igual conducta, y para dar mayor gloria á su esposo é inspirar á sus hijos mayor piedad y respeto, exige que los ornamentos de sus ministros no solamente sean decentes y aseados, sino que guarden relacion por su riqueza con la condicion y fortuna de los fieles ².

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber multiplicado los ornamentos sagrados de vuestros ministros; haced que en adelante me instruya viéndolos, y que practique las virtudes que los mismos representan.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me aplicaré á estudiar las ceremonias de la Iglesia.

¹ Quas aures habeat, aut quid in hoc homini simile sit, nescio. (Cic.).

² Mr. Thirat, *Espíritu de las ceremonias*, pág. 272.

LECCION XIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Ornamentos de los obispos. — Las sandalias y las medias. — La cruz pectoral. — La tunicela y la dalmática. — Los guantes. — El anillo. — La mitra. — El báculo. — El pálio. — El gremial. — Colores de los ornamentos. — Ornamentos del altar.

I. Ornamentos de los obispos. — Los ornamentos de que acabamos de hablar son comunes á todos los presbíteros; pero hay otros reservados para los obispos, quienes los revisten cuando deben officiar solemnemente; tales son las sandalias, las medias, la cruz pectoral, la tunicela, la dalmática, los guantes, el anillo, la mitra, el báculo, el pálio, si se trata de un arzobispo, y finalmente el gremial. Como los anteriores, estos ornamentos están llenos de recuerdos de la mas remota antigüedad, y dan á los fieles ilustrados bellas lecciones de santidad y de sabiduria cristianas.

1.º Las sandalias y las medias ¹. El calzado de los antiguos, especialmente el de los romanos, consistia en una suela sujeta con algunas correas que se cruzaban sobre el pié y al rededor de la pierna; mas en tiempo de los emperadores las personas de distincion, como los príncipes y senadores, sustituyeron esta clase de calzado con otro mas rico llamado *compagia*, recamado de oro y de púrpura, que cubria mejor el pié ².

Á fin de manifestar por todos los medios posibles su veneracion por las cosas santas, la Iglesia se apresuró á dar á sus pontífices el calzado senatorial, el mas distinguido que entonces se conocia, con objeto de que los augustos misterios fuesen ofrecidos con cierta magnificencia exterior capaz de inspirar á los corazones respeto y piadosos sentimientos. Fuera del ejercicio de sus funciones, usaban los obispos el calzado ordinario, y esta es la causa por que aun en el dia el obispo, al llegar á la iglesia, y al ocupar su trono, deja sus

¹ Caligæ, sandalia.

² Compagia. Véase Tubellio Pollio, Julio Capitol. é *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. XI.